

Y, por tanto, debemos concluir que los saqueos son producto ¿“del cambio climático”?...



## Estado de excepción en Pakistán

■ Musharraf suspende derechos constitucionales, so pretexto de la lucha contra el terrorismo

■ 21

## Salen a las calles miles de opositores y partidarios de Hugo Chávez

□ Intensa agitación política en Venezuela por la reforma constitucional que conferiría más poderes al presidente

■ 23

## Múltiples impactos a la infraestructura urbana provoca el boom inmobiliario

ALEJANDRO CRUZ FLORES

■ 28

hoy

### columnas

DOMINGO • ENRIQUE GALVÁN OCHOA	6
EL DESPERTAR • JOSÉ A. ORTIZ PINCHETTI	6
BAJO LA LUPA • ALFREDO JALIFE-RAHME	12
A LA MITAD DEL FORO • LEÓN GARCÍA SOLER	14

### opinión

HUGO CASANOVA	7
ARNALDO CÓRDOVA	16
ANTONIO GERSHENSON	16
ROLANDO CORDERA CAMPOS	17
NÉSTOR DE BUEN	17
MARIO DI COSTANZO	19
ÁNGELES GONZÁLEZ GAMIO	28
BÁRBARA JACOBS	5a
CARLOS BONFIL	11a

## ARRIBA LA NAO AL PUERTO DE ACAPULCO



Con la inauguración de una exposición sobre tesoros artísticos de la China antigua, ayer se abrió el festival internacional La Nao Acapulco 2007, al cual acudió Sergio Vela Martínez, presidente del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, quien ofreció impulsar en todo el país la celebración de este tipo de celebraciones ■ Foto Pedro Pardo

LA JORNADA GUERRERO

■ 26

## EJE CENTRAL

# Después del 2 de noviembre

**E**n el recuerdo la casa donde pasamos la infancia nos parece enorme. Después, en alguna visita, resulta que era pequeña, apenas suficiente para albergar a una abuela, dos padres, siete tíos, un primo inválido y dos hermanas: Flor y yo.

Hacia finales de octubre, ante la inminencia del Día de Muertos, nuestro ritmo de vida se alteraba. La sobriedad impuesta por la pobreza se volvía derroche y los olores que habitualmente circulaban entre el patio y los cuartos se enriquecían con toda la gama de lo dulce, lo salado y lo picante.

En la cocina, centro de la mayor actividad, se encendían las ocho hornillas del brasero. La mesa de pino dejaba de ser soporte de trastos y condimentos para volverse una pista nevada por la harina y el azúcar glass.

Las mujeres se pasaban de mano en mano los viejos recetarios. Se trataba de comprobar que los guisos tuvieran ingredientes adecuados para satisfacer el gusto de quienes en vida habían sido nuestros abuelos, hermanos, primos, tíos, padrinos... Estaban a punto de regresar del más allá para quedarse con nosotros

CRISTINA PACHECO

unas cuantas horas. También iban a convivir entre ellos sin que importaran las viejas rencillas que los habían mantenido distanciados durante meses o años.

La certeza de la nueva separación inevitable les recordaba a los adultos las horas amargas de estertores y velorios, pero mi abuela les tenía prohibido llorar hasta después del 2 de noviembre. Antes de esa fecha todos estábamos obligados a mostrarnos alegres y a sostener conversaciones ligeras para que las escucharan los difuntos, que se iban acercando a nuestra casa orientados por una hilera de velas encendidas. Por la noche la sombra de sus flamas agitadas por el viento figuraba sobre las paredes una danza inquietante.

La complicada preparación de los guisos y postres apenas nos dejaba tiempo para comer. Mientras consumíamos nuestra dieta habitual —frijoles, arroz, chile y tortillas—, mirábamos las cazuelas rebosantes de salsas, los platonos llenos de panes y ates, el pastel cubierto de nomeolvides: un regalo hecho para el gusto de mi tío Justiniano, destrozado

por el tren que iba al norte y muerto sin confesión. Todo en aquella mesa resultaba tan apetitoso que mi hermana y yo ansiábamos la llegada del 2 de noviembre para comer lo que durante un año entero no volveríamos a probar.

II

Mi abuela era la máxima autoridad de la familia. Una orden suya debía siempre ser respetada, inclusive la de prohibir llorar en vísperas de Todosantos. Ella lo sabía y, sin embargo, para asegurarles la tranquilidad a los viajeros cada vez más próximos, procuraba contarnos las aventuras hilarantes de nuestros difuntos.

Aunque los habíamos escuchado infinidad de veces, los relatos eran graciosos y nos hacían reír hasta las lágrimas. En esos momentos la cocina se transformaba en un manicomio poblado por mujeres salpicadas de grasa y harina, que lloraban de risa. ¿Cuántas de aquellas lágrimas habrán sido un secreto desahogo del dolor? No creo que mi abuela haya considerado esa posibilidad: tan segura estaba de su dominio sobre la familia.